

Crecimiento económico y destrucción del planeta ¿Existen alternativas?

El enfrentamiento entre crecimiento económico y preservación del medio ambiente es una de las discusiones más acaloradas de la actualidad, y además, una de las más necesarias. Su controversia reside en la posición desde la que se analice; ya que si quien se postula sobre el tema es un *negacionista* del cambio climático -como bien podría ser Trump- la necesidad de debatir es inexistente, pues el combate estaría ganado incluso antes de comenzar. En cambio, si el análisis lo realizara Nicholas Georgescu-Roegen, economista teórico del decrecimiento, el medio ambiente prevalecería sobre el crecimiento económico.

En la búsqueda de la posición más objetiva sobre este debate, es ineludible recurrir a datos científicos de calidad con los que nutrir el discurso que elaboremos. Según los estudios de Royal Society of London, el aumento del CO₂ en la atmósfera afecta inevitablemente al aumento de la temperatura en la superficie terrestre. Esto significa que la emisión de gases de efecto invernadero conlleva la destrucción de la naturaleza e impide la preservación de la vida en el planeta. Las evidencias científicas sobre el cambio climático son numerosas; el aumento de 0.8°C de la superficie terrestre desde 1880 hasta 2012, el calentamiento y humidificación de la baja atmósfera que sienta la base para pesadas lluvias y nevadas, tornados, inundaciones, etc., además del deshielo de los polos, la pérdida de biodiversidad y la subida del nivel del mar.

Es en vista de esta apocalíptica previsión que nos muestran las evidencias científicas cuando tenemos que mojarnos, es decir, responder a la pregunta: ¿cuál debe ser nuestra prioridad, el crecimiento económico o la preservación de la vida en la tierra?

Habrán respuestas variadas pero una por encima de todas parecerá la más lógica. “Sigamos creciendo sin dañar el medio ambiente”. Desarrollemos una energía que no contamine la atmósfera, que no produzca emisiones. El famoso término medio en una idea tan genial que prácticamente nos quita la preocupación de encima. Y es que ya lo explican los psicólogos, la reacción de incomodidad y culpa que surge entre las personas al afrontar estas previsiones medioambientales casi nunca cala. Y se debe a un hecho estudiado: el cerebro busca la comodidad arrebatada ignorando el problema. Sencillamente, relegar en la tecnología el futuro del planeta es el efecto placebo que necesitamos para poder mirar hacia otro lado y seguir con nuestras vidas.

Pero no me malinterpreten, desde luego que mantener un nivel de bienestar similar al actual en occidente sin que eso repercuta en el medio ambiente es el objetivo que buscamos. Aunque no sólo es el objetivo, sino a lo que el agotamiento de las energías no-renovables nos empuja. Es la necesidad anunciada como la mejor idea. Realmente, no tenemos otra opción para el largo plazo, ya no hay espacio de maniobra. Estamos jugando cuando el partido ya ha acabado. Luego, al mismo tiempo que esperamos a la *energía verde*, ¿qué vamos a hacer?

Y es que mientras la energía de emisiones cero se materializa, la única forma de reducir emisiones es reducir la producción. Suena a cambio drástico en nuestro estilo de vida, pero no tiene por qué serlo. Démonos un minuto para asimilarlo. El modelo basado en el consumo que conocemos hoy es inasumible. Tenemos que dejar de entender la economía como el reparto de recursos limitados entre necesidades ilimitadas. Suframos durante un momento el duelo de aceptar que no existen las *necesidades* ilimitadas, sino bienes que mantienen a occidente viviendo por encima de nuestras posibilidades naturales.

Por otra parte hace falta afrontar el miedo de los economistas a la caída de la producción. ¿De dónde viene?, ¿por qué tanto miedo a no crecer? Sabemos que el PIB es un indicador útil pero no es ningún índice de Gini. Con esto quiero decir que una bajada del PIB no significa necesariamente un empobrecimiento de los habitantes de un país en general, si tenemos en cuenta que no refleja la distribución real de la riqueza entre la población.

Añadamos este apunte para hablar de crecimiento, porque es necesario, sobre todo para cambiar el significado de la palabra, que se ha vuelto obsoleta. Y es que un crecimiento lineal que solamente contempla la producción ya no tiene cabida en un momento en el que los métodos para obtener esa producción están en el punto de mira. Por eso hay que redefinir el significado de crecimiento por el de un avance que no sea lineal, sino transversal; que contemple el progreso no solamente de la producción, sino del bienestar de las personas y el cuidado de los recursos naturales. Porque medir una cosa y no la otra es ignorar de forma tajante y absoluta sus externalidades negativas. Es lo que hemos estado haciendo a grandes rasgos, pasando por intentos fallidos y cumbres inconclusas que a día de hoy no han demostrado surtir demasiado efecto. Es el momento ahora de tomar un papel de conciencia y responsabilidad que por fin cambie el concepto de crecimiento y ponga en valor lo más importante: la naturaleza y todos sus recursos que hacen posible la vida.

Firmado: Orwell